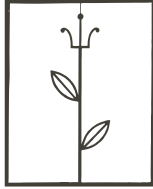


titivillus · 2



c u m b r e s
borrascosas
e m i l y · b r o n t e
con · las · ilustraciones · de
b a l t h u s
t r a d u c c i ó n · d e
roberto · bartual

nota a esta edición

7

cumbres borrascosas

emily brontë

9

ilustraciones

balthazar klossowski de rola

557

estudios preparatorios

589

índice de ilustraciones y estudios

613

n o t a · a · e s t a e d i c i ó n

Esta edición reproduce, por primera vez en España, los dibujos que realizó Balthazar Klossowsky, Balthus [París 1908-Vaud 2001], para ilustrar la que según Georges Bataille es la más bella historia de amor de todos los tiempos, *Cumbres borrascosas*, la única novela de Emily Brontë [Inglaterra 1818-1848], publicada por primera vez en 1847, en Londres, bajo el seudónimo Ellis Bell.

Un total de 15 dibujos, además de 11 estudios preparatorios, componen esta serie de plumillas que Balthus realizó en París en 1933, ocho de las cuales fueron publicadas en 1935 en la revista *Minotaure* (nº 7) y al menos dos de ellas, las que llevan los números 3 y 8 en el índice final de este libro (páginas 615 y 617), inspiraron dos de sus obras mayores, *Les enfants* (1937) y *La toilette de Cathy* (1933). En suma, puede decirse —aunque Balthus no ilustró todos los capítulos del libro— que en el tenebroso universo de la infancia de los protagonistas de la novela de Brontë, en esta serie que presentamos junto con la obra literaria que la originó, se encuentra el germen de gran parte de la producción madura del artista.

c u m b r e s
b o r r a s c o s a s



capítulo I

I801. Vuelvo a casa después de haber hecho una visita a mi arrendador, el solitario vecino que, me figuro, habrá de darme en el futuro más de un motivo de inquietud. ¡En verdad que es ésta una hermosa región! En toda Inglaterra no habría podido encontrar un lugar tan completamente ajeno al mundanal ruido. Todo un paraíso para el misántropo, y no puede haber candidatos mejores que el señor Heathcliff y yo para habitar esta desolación. ¡Notable individuo, el señor Heathcliff! Poco podía imaginarse lo mucho que mi alma empezaba a apreciarlo cuando observé cómo hundió la mirada bajo el ceño, lleno de sospecha al verme llegar a caballo, o cuando sus dedos se alojaron con celoso coraje en el interior de su chaleco al anunciarle mi nombre.

—¿El señor Heathcliff? —dije.

Asintió en respuesta.

—Soy Lockwood, su nuevo inquilino, señor. He querido tomarme la libertad de hacerle una visita para expresarle mis disculpas si mi insistencia a la hora de solicitar alojamiento en la Granja del Tordo

le ha resultado inconveniente: he oído que ayer usted estuvo reconsiderando...

—La Granja del Tordo es de mi propiedad, señor mío —interrumpió, haciendo una mueca—. No tengo por qué tolerar a nadie que me cause inconveniente. ¡Entre!

Pronunció ese «entre» con los dientes cerrados, como si en realidad estuviera diciendo: «váyase al infierno», e incluso, en abierto desacuerdo con su invitación, no movió la verja donde estaba apoyado. Creo que fue, en rigor, esa circunstancia la que me impelió a obedecerle: me sentía interesado por aquel hombre que aparentaba una reserva aún más exagerada que la mía.

Cuando vio que mi caballo empujaba la verja, sacó una mano para soltar la cadena y, con aire taciturno, caminó delante de nosotros por el sendero que conducía a la casa, ordenando al llegar al patio:

—Joseph, encárgate del caballo del señor Lockwood y trae algo de vino.

«He de suponer que éste es el único miembro del servicio», reflexioné al escuchar esta orden. «No es de extrañar que crezca la hierba entre las baldosas y que sea el ganado quien se ocupe de los setos».

Joseph era un hombre maduro, o para no andarme por las ramas, sería mejor decir, viejo: muy viejo, tal vez, aunque robusto y lleno de nervio. «¡El Señor no' ampare!», empezó a farfullar con aire malhumorado mientras me ayudaba a descender del caballo y dirigía una mirada a mi rostro con ojos

tan agrios que tuve que disculpar sus modales imaginando que habría tenido una mala digestión y que su devota invocación nada tenía que ver con mi inesperada llegada.

«Cumbres Borrascosas» es el nombre de la finca del señor Heathcliff. «Borrascoso» es un adjetivo muy usado en la región para describir la tumultuosa atmósfera que se crea cuando hay tormenta y par diez si no son poderosos los aires que soplan aquí arriba a todas horas; uno puede adivinar la fuerza con que llega el viento del norte por la excesiva inclinación de unos cuantos abetos raquíuticos en el otro extremo de la casa y por los desvaídos espinos que, en fila, alargan sus brazos hacia el mismo lado, como si estuvieran pidiéndole limosna al Sol. Por suerte, el arquitecto, que debía ser un hombre previsor, construyó una casa bastante sólida: hundiendo en las paredes las anchas ventanas y reforzando las esquinas con salientes de piedra.

Antes de traspasar el umbral, me detuve a admirar los grotescos grabados que adornaban la fachada y, sobre todo, el dintel de la puerta principal, donde, entre una algarabía de grifos abatidos y desvergonzados infantes, detecté una fecha, «1500», y el nombre de «Hareton Earnshaw». Podría haber comentado algo y solicitarle al desabrido propietario que me contase la historia de la casa, pero por la actitud que mostraba ahí, junto a la puerta, parecía estar pidiéndome que entrase con rapidez o que, de lo contrario, desapareciese en el acto. No tenía ningún deseo de

agravar su impaciencia, o al menos, no antes de haber inspeccionado el interior.

De inmediato nos encontramos en la sala de estar, sin haber pasado antes por ningún recibidor o pasillo. Esta estancia es lo que, por la zona, se llama propiamente *la casa*. Generalmente, *la casa* es, a su vez, sala de estar y cocina, pero tengo entendido que en Cumbres Borrascosas se hizo retroceder a esta última hacia otro lugar del edificio: al menos pude distinguir a lo lejos el murmullo de un chismorreo de lenguas y de los tintineos de los cubiertos; tampoco advertí en la chimenea ningún útil para asar, para cocer o para hervir, ni observé el resplandor del cobre de las sartenes o del latón de los coladores colgados de la pared. Sin embargo, desde un extremo de la estancia, llegaban los reflejos de los enormes platos de peltre que, junto con las jarras de plata, se apilaban en un aparador de roble tan alto que alcanzaba hasta el techo. Al aparador le faltaba la tabla del fondo y, por ello, dejaba su anatomía a merced del ojo curioso, excepto allí donde la ocultaba una balda repleta de tortas de avena y piernas de cerdo, de buey y de carnero. Encima de la chimenea había colgadas unas escopetas de torvo diseño, un par de pistolas de arzón y, a modo de adorno, dispuestas sobre un anaquel, tres latas de té pintadas de alegres colores. El suelo era de piedra blanca; las sillas, de altos respaldos y viejo armazón, estaban pintadas de verde, con la excepción de una o dos negras, de enorme tamaño, que acechaban en la sombra. Al pie

del aparador, bajo el arco que formaban sus patas, descansaba una enorme perra de raza pointer, rodeada por un enjambre de cachorros chillones. En otros rincones de *la casa* había más perros.

Nada de especial tendrían los muebles y la vivienda de haber pertenecido a cualquier granjero del Norte, de aire testarudo y brazos fornidos, de esos que visten calzón corto y polainas. Es fácil encontrar individuos así en unas cinco o seis millas a la redonda y, si uno llega a la casa de éstos en el momento apropiado después de la cena, es posible verlos sentados en su butaca con la jarra de cerveza reposando sobre la mesa. El señor Heathcliff, en cambio, vive en contraste con el aspecto de su vivienda. Por su tez morena diríase que tiene las facciones de un gitano, pero sus modales y su vestimenta son los de un caballero. O por lo menos tan caballero como pueda serlo un terrateniente rural: un poco desarreglado tal vez, pero con una apostura y un porte erguido que compensan su descuido y su malhumor. Es posible que haya quien le eche en cara que su ramalazo de orgullo es propio de una casta inferior, pero la simpatía que instintivamente siento por él me indica lo contrario. Tengo la impresión de que su reserva nace de una aversión a exteriorizar sus sentimientos o a manifestar amabilidad alguna. Debe ser persona que ama y odia sin dejar que nadie lo sepa, y con toda seguridad, considerará una impertinencia cualquier muestra de odio o amor que por él puedan sentir los demás. Pero no, voy demasiado rápido: le

